

Medios ilegítimos, anomia y comportamiento desviado¹

Richard A. Cloward

Escuela de Trabajos Sociales de Nueva York, Universidad de Columbia.

Este artículo² representa un intento por fusionar dos grandes tradiciones sociológicas de pensamiento acerca del problema del comportamiento desviado. La primera, ejemplificada por el trabajo de Émile Durkheim (1951) y Robert K. Merton (1957, Capítulos 4 y 5), puede ser llamada la “teoría de la anomia”. La segunda, ilustrada principalmente por los estudios de Clifford R. Shaw (1930, 1932,

1940, 1942), Henry D. McKay y Edwin Sutherland (1937, 1947, 1949), puede denominarse la teoría de la “transmisión cultural” o de la “asociación diferencial”. A pesar de que comparten algunas ideas, estas teorías se desarrollaron en forma más o menos independiente. Mediante su fusión puede construirse una teoría del comportamiento desviado más adecuada.

Variaciones en la disponibilidad de los medios legítimos: la teoría de la anomia

La teoría de la anomia ha atravesado dos grandes etapas. Durkheim fue el primero en utilizar este concepto para explicar el comportamiento desviado. Analizó el modo en que diversas condiciones sociales generan una “ambición excesiva” y cómo, a su vez, estas aspiraciones ilimitadas producen un quiebre

en las normas de conducta. Robert K. Merton sistematizó y extendió esta teoría, dirigiendo su atención a los patrones de disyunción entre las metas culturalmente prescritas y las posibilidades socialmente estructuradas para alcanzarlas a través de *medios legítimos*. En este artículo se describe una tercera etapa.

¹ Publicado originariamente en *American Sociological Review*, Vol. 24, 2, abril 1959, pp. 164-176. Traducción al castellano de Natacha Guala (Universidad Nacional del Litoral).

Una nueva variable es incorporada en el desarrollo del esquema de la anomia: *el acceso*

*diferencial a las metas a través de medios ilegítimos.*³

Etapa I: las aspiraciones ilimitadas y el quiebre de las normas reguladoras

En su trabajo, Durkheim realiza una distinción entre las “necesidades físicas” y las “necesidades morales” del hombre. La importancia de esta distinción radica en que, en su análisis, las necesidades físicas se encuentran reguladas por la estructura orgánica del hombre. Sin embargo, dicha estructura es incapaz de regular sus deseos sociales. En palabras de Durkheim, *la sensibilidad del hombre es en sí misma un abismo sin fondo, que nada puede colmar*⁴ (Durkheim, 1951:247-257). Para que el hombre funcione sin “fricciones” *las pasiones deben ser limitadas. (...) Pero dado que el individuo no puede limitarlas por sí mismo, ese límite debe ser establecido por una fuerza exterior a él.* Esta fuerza externa que define y ordena las metas hacia las que los hombres deben orientar su conducta es para Durkheim el orden social. Si este orden social es alterado, las aspiraciones del hombre tienden naturalmente a ascender, excediendo sus posibilidades de realización. En estas condiciones se produce la “desregulación” o “anomia”: *En el momento en el que las reglas tradicionales pierden su autoridad, el premio mayor que se les ofrece a estos deseos los estimula y los hace más demandantes e impacientes frente al control. El estado de*

anomia o desregulación se agudiza dado que las pasiones se encuentran indisciplinadas, precisamente cuando requieren una mayor disciplina. El alejamiento producido entre las aspiraciones del hombre y sus posibilidades reales de concreción ejerce una fuerte presión hacia el comportamiento desviado.

Avanzando en su trabajo, Durkheim analiza los momentos en los que la función del orden social es quebrada. Identifica numerosos estados, entre los que se encuentran la repentina depresión económica, la repentina prosperidad y el rápido cambio tecnológico. El primero de estos estados genera un comportamiento desviado *al producir una especie de descalificación cuando, súbitamente, ciertos individuos son arrojados a un nivel de vida inferior al que gozaban hasta entonces, debiendo reducir sus exigencias, restringir sus necesidades, acrecentar su capacidad de autocontrol. (...) Pero la sociedad no puede ajustarlos a esta nueva vida instantáneamente, por lo que les enseña a ejercer sobre sí mismos una represión a la que no están acostumbrados. Así, al no estar ajustados a la condición a la que han sido forzados, hasta la sola perspectiva de la misma se vuelve intolerable; de allí el sufrimiento que provoca esta existencia precaria aún antes de*

² Este artículo está basado en una investigación realizada en un ámbito penal. Para una exposición más detallada ver Richard A. Cloward (a publicarse próximamente).

³ “Medios ilegítimos” son aquellos proscritos por las *buenas costumbres*. El concepto incluye “medios ilegales” como uno de los casos posibles, pero no se circunscribe al “comportamiento ilegal”, referido únicamente

a la violación de normas legales. En varios puntos de este artículo me refiero a formas particulares de comportamiento desviado que suponen violaciones a la ley utilizando el término restringido “medios ilegales”. El concepto más general de “medios ilegítimos” es necesario para cubrir un amplio espectro de comportamientos desviados y para relacionar las teorías en estudio con la teoría sociológica de la “legitimidad”.

que la hayan experimentado. Por otra parte, la prosperidad puede causar un efecto similar, especialmente si la mejora de las condiciones económicas se produce en forma abrupta. Presumiblemente, la brusquedad misma de los cambios aumenta las aspiraciones más allá de las posibilidades de realización, tensionando el aparato regulador de la sociedad.

Para Durkheim, *las esferas del comercio y la industria (...) se encuentran en un estado crónico [de anomia]*. Los rápidos desarrollos tecnológicos y la existencia de vastos e inexplorados mercados excitan la imaginación con la aparentemente ilimitada posibilidad de acumular riqueza. El productor de bienes que imagina ahora al mundo como su cliente, *¿cómo podrá mantener sus pasiones en el confinamiento anterior frente a perspectivas tan ilimitadas?*. Durkheim afirma que *la fuente de excitación en la sociedad es predominante (...) el estado de crisis y anomia es constante y por ende, normal. De arriba a abajo de la estructura social la avaricia se manifiesta, sin encontrar un freno adecuado.*

Etapas 2: la disyunción entre las metas culturalmente establecidas y las oportunidades socialmente estructuradas

La descripción de Durkheim acerca del surgimiento de una “ambición excesiva” y el consecuente quiebre de las normas reguladoras es uno de los vínculos entre su trabajo y el desarrollo posterior de la teoría de la anomia llevado a cabo por Robert K. Merton. En su trabajo *Estructura Social y Anomia*, Merton sugiere que las metas y las normas pueden variar en forma independiente y que esto puede

Nada puede calmarla porque el objetivo al que se dirige se encuentra infinitamente más allá de lo que puede alcanzar.

Durkheim caracteriza las metas propias de la sociedad industrial, dando cuenta del modo específico en el que las aspiraciones ilimitadas son producidas. Hace referencia a *disposiciones tan profundamente imbricadas que la sociedad se acostumbra a ellas y las visualiza como normales. Siempre se ha afirmado que es propio de la naturaleza del hombre el estar eternamente insatisfecho, el deseo de avanzar constantemente, sin alivio ni descanso, hacia una meta indeterminada. La pasión del infinito es representada diariamente como una marca de distinción moral... Son precisamente estas presiones de luchar por metas “infinitas” o “alejadas”, en la mirada de Durkheim, las que generan un quiebre en las normas reguladoras, ya que “cuando no existe otro propósito que dejar atrás el objetivo alcanzado, ¡qué doloroso resulta retroceder!*

generar estados de desajuste. En su análisis, identifica dos tipos de disyunciones: *Puede desarrollarse un énfasis muy fuerte, y en algunos casos exclusivo, en el valor otorgado a determinadas metas, con una preocupación mínima respecto a los medios institucionales prescritos para alcanzar esas metas (...).*

Esto constituye un tipo de cultura desajustada⁵ (Merton, 1957:131-194). Por otro lado,

⁴ Todos los fragmentos citados en este apartado fueron extraídos de Durkheim, Émile: *Suicide*, trad. J. A. Spalding y George Simpson Glencoe, III, Free Press, 1951, pp. 247-257.

⁵ Estos fragmentos y los que siguen fueron extraídos de Merton, Robert K.: *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, ILL Free Press, 1957, pp. 131-194.

un segundo tipo aparece cuando actividades originalmente concebidas como meramente instrumentales son transformadas en prácticas con un contenido propio, careciendo de otros objetivos (...) la mera conformidad se convierte en un valor central. Merton observa que entre estos dos tipos extremos existen sociedades en las que se mantiene un tenso equilibrio entre la importancia otorgada a las metas culturales y las prácticas institucionalizadas y éstas constituyen sociedades relativamente estables e integradas aun cuando resulten cambiantes.

Habiendo identificado los patrones de disyunción entre las metas y las normas, Merton puede definir en forma más precisa el concepto de anomia: *La anomia [puede ser] concebida como el quiebre de la estructura cultural, que tiene lugar cuando existe una disyunción aguda entre las normas y las metas culturalmente establecidas y las capacidades socialmente estructuradas de los miembros del grupo de actuar de acuerdo con ellas.*

De los tipos de sociedad descriptos precedentemente, Merton centra su análisis en el primero, *aquel en el cual existe un énfasis muy fuerte sobre determinadas metas, sin un correlativo énfasis en los procedimientos institucionales dispuestos para alcanzarlas.* Afirma que en estas sociedades, la anomia o “falta de normas” ocurre porque los miembros de la misma interiorizan la importancia otorgada a las metas culturalmente establecidas,

aún cuando se encuentren en situaciones en las que el acceso a las mismas es distinto. Esta hipótesis es identificada en el siguiente fragmento: *cuando un sistema cultural impone ciertas metas comunes a lo largo del cuerpo social, mientras que la estructura social restringe rigurosamente –y en algunos casos cierra por completo– el acceso a las mismas a través de los medios aprobados a una parte considerable de esa misma población, tiene lugar el comportamiento desviado en gran escala.* El enfoque se centra en el modo en el que la estructura social tensiona la estructura cultural. En este punto pueden identificarse distintos patrones que inciden en el acceso diferencial a las metas culturalmente aprobadas a través de medios legítimos; por ejemplo, diferencias de edad, sexo, “estatus étnico” y clase social. La presión hacia la anomia y falta de normas varía entre las diferentes posiciones sociales, dependiendo de la naturaleza de estos patrones diferenciales.

En resumen, Merton extiende la teoría de la anomia principalmente en dos puntos: por un lado identifica los tipos de sociedades anómicas y desajustadas, enfocándose en la relación entre las metas culturales y las normas; por otro, al dirigir su atención hacia los patrones diferenciales de acceso a las metas culturales a través de medios legítimos muestra cómo la estructura social ejerce una fuerte presión sobre la estructura cultural, generando la anomia o falta de normas.

Etapa 3: el concepto de medios ilegítimos

Una vez identificados los procesos que ejercen presión sobre los individuos en forma diferenciada, surge el interrogante acerca de cómo dichas presiones son resueltas o cómo los hombres reaccionan ante ellas. En este sentido, Merton enumera cinco categorías de

comportamiento o adaptaciones que pueden emerger: conformidad, innovación, ritualismo, retraimiento y rebelión. Estas adaptaciones varían de acuerdo con la aceptación o rechazo por parte del individuo de las metas culturales y de su adhesión o violación a las normas

institucionales. Además Merton entiende que la distribución de estas adaptaciones responde a dos variables: el grado relativo de la presión ejercida y los valores –particularmente las “prohibiciones interiorizadas”– que gobiernan el uso de los distintos medios ilegítimos.

Es una idea sociológica tradicional que los valores sirven para ordenar las elecciones de las adaptaciones desviadas, así como de las conformistas, que se desarrollan bajo condiciones de tensión. Estudios comparativos de grupos étnicos, por ejemplo, han demostrado que algunos de ellos desarrollan distintas formas de comportamiento desviado: los judíos presentan un bajo grado de alcoholismo y de psicosis alcohólicas (Ver Bacon, 1957:177-181; Bales, 1946:480-499; Skolnick, 1954:451-474); varios investigadores han sugerido que el énfasis en la racionalidad, el miedo a la agresión explícita y otros presuntos componentes del sistema de valores judío constriñen los modos de desviación que implican una “pérdida del control” sobre el comportamiento (Ver Thorner, 1953:167-173; Glazer, 1952:181-186). En contraste, se ha argumentado que los irlandeses presentan una tasa mucho más alta de desviación alcohólica debido a que el énfasis cultural puesto en la masculinidad fomenta el uso excesivo de alcohol en situaciones de tensión (Bales, 1946).

Merton sugiere que las tasas diferenciales de comportamiento ritualista e innovador en las clases medias y bajas son el resultado de énfasis diferenciales en la socialización. La importancia otorgada a las normas en las clases medias presumiblemente predispone a las personas a manejar la tensión involucrándose en comportamientos ritualísticos antes que en comportamientos innovadores. En contraste, los miembros de las clases más bajas, al haber interiorizado normas mucho menos estrictas,

pueden violar esas convenciones sintiendo menos culpa y ansiedad (Merton, 1957). Los valores, en otras palabras, ejercen una influencia canalizadora, limitando las elecciones de las adaptaciones desviadas de personas ubicadas en distintos estratos del sistema social.

Además de la presión social, que ocasiona un aumento de la desviación y de los valores, que determinan las elecciones de la adaptación, debe tenerse en cuenta una variable más: la *disponibilidad diferencial en el acceso a los medios ilegítimos*. Por ejemplo: la idea de que el comportamiento innovador puede ser resultado de aspiraciones frustradas y de una socialización imperfecta respecto de las normas convencionales implica que los medios ilegítimos se encuentran abiertamente disponibles, como si el individuo, al observar que “no puede hacerlo legítimamente”, simplemente se volcara hacia los medios ilegítimos que se encuentran al alcance de la mano, sea cual fuere su posición en la estructura social. Sin embargo, estos medios pueden no estar disponibles. Como fue expuesto anteriormente, la teoría de la anomia supone que los medios convencionales están diferencialmente distribuidos, que algunos individuos, por su posición social, gozan de ciertas ventajas que son negadas a otros. Obsérvense, por ejemplo, las variaciones en el grado en el que los miembros de distintas clases sociales están totalmente expuestos –y de esta forma adquieren– los valores, la educación y las habilidades que facilitan el ascenso social. De allí que no debería ser sorprendente encontrar variaciones similares en la disponibilidad de los medios ilegítimos.

Muchos sociólogos han aludido a esas variaciones sin incorporar explícitamente esta variable a una teoría del comportamiento desviado. Sutherland, por ejemplo, afirma que *la inclinación a robar no es una explicación suficiente de la génesis del ladrón profesional*

(Sutherland, 1937).⁶ Más aún *la persona debe ser apreciada por los ladrones profesionales. Debe ser visto como poseedor de ingenio, fortaleza, habilidades retóricas, honestidad, confiabilidad, coraje y determinación*. En síntesis, *una persona sólo puede ser ladrón profesional si es reconocido y recibido como tal por otros ladrones profesionales*. Pero el reconocimiento no es otorgado abiertamente: *La selección y el apadrinamiento son dos elementos imprescindibles en el proceso de ser reconocido como ladrón profesional (...) una persona no puede ser reconocida como ladrón profesional hasta tanto haya sido apadrinado en el robo profesional (...) “y el apadrinamiento es otorgado sólo a unas pocas personas seleccionadas de la población total”*. Además el aspirante es evaluado de acuerdo con criterios de alto rendimiento por lo que “sólo un pequeño porcentaje de aquellos que se inician en este proceso alcanzan en algún momento el grado de robo profesional”. La importancia de estas observaciones –conforme a los procesos de selección, inducción y asunción de un estatus en un grupo criminal– es que las motivaciones o las presiones hacia la desviación no son, por sí mismas, causa suficiente del comportamiento desviado. El ladrón que “se ha hecho a sí mismo” –que carece del conocimiento de los modos de mantenerse a salvo de las persecuciones y otras técnicas de defensa– “termina rápidamente en la prisión”. En efecto, Sutherland está refiriéndose al acceso diferencial al rol de ladrón profesional. Aunque los criterios de selección no surgen completamente de su análisis, parecen existir pautas definidas de

evaluación; dependiendo de su contenido, ciertas categorías de individuos serán ubicadas en una posición de desventaja y otras resultarán favorecidas.

La disponibilidad de los medios ilegítimos está controlada, entonces, por varios criterios, de la misma forma en que se ha observado respecto de los medios convencionales. Ambos sistemas de oportunidad son 1) limitados más que infinitamente disponibles y 2) disponibles diferencialmente según la ubicación de las personas en la estructura social.

Cuando empleamos el término “medios”, sea legítimos o ilegítimos, al menos dos cosas están implicadas: primero, que existen ámbitos apropiados de aprendizaje para la adquisición de los valores y habilidades asociados a la ejecución de un determinado rol; y segundo, que el individuo tiene oportunidades para desempeñar dicho rol una vez que se encuentra preparado para ello. El término abarca tanto las *estructuras de aprendizaje* como las *estructuras de oportunidad*.

Un buen ejemplo es el reclutamiento y la preparación para la carrera en una organización delictiva. Existen ambientes de aprendizaje criminal muy fértiles para los jóvenes en aquellos barrios en que el fraude aparece como una institución local estable. Estos ámbitos permiten la integración de ofensores de distintas edades, por lo que los jóvenes están expuestos a *asociaciones diferenciales* que facilitan la adquisición de valores y habilidades criminales. Esta preparación no asegura que el individuo pueda desempeñar efectivamente ese rol en algún momento. Por una parte, son reclutados dentro de estos pa-

⁶ Este fragmento y los que siguen fueron extraídos de Sutherland, Edwin H.: *Principles of Criminology*, 4th. Edition, Philadelphia, Lippincott, 1947, pp. 211-213.

⁷ Este fragmento y los que siguen fueron extraídos de Cohen, Albert; Lindesmith, Alfred and Schuessler, Karl (ed.): *The Sutherland Papers*, Bloomington, Indiana University Press, 1956, pp. 31-35.

trones de asociación diferencial más jóvenes de los que pueden ser absorbidos –siguiendo su “entrenamiento criminal”– por la estructura criminal adulta. Hay un excedente de competidores por estas posiciones de *elite*, lo que hace necesario la existencia de una serie de criterios y mecanismos de selección. De allí que un porcentaje importante de estos aspirantes no logre llevar a cabo el comportamiento para el que se ha preparado.

Esta descripción es similar, excepto por el camino tomado, a la de aquellos que buscan una carrera en el ámbito de los negocios lícitos. Aquí también se presenta, como problema inicial, el del acceso seguro a ambientes de aprendizaje apropiados tales como universidades o escuelas de posgrado en negocios. Habiendo adquirido los valores y las habilidades necesarias para el desarrollo de una carrera comercial, los graduados se enfrentan a la incertidumbre acerca de si podrán o no desempeñar el rol para el que se han preparado. El entrenamiento formal no es en sí mismo suficiente para garantizar el éxito ocupacional, dado que son muchas las fuerzas que intervienen en la determinación de quienes tienen éxito y quienes fracasan en el competitivo mundo de los negocios y la industria, así como en el resto de la estructura laboral convencional.

La distinción entre estructura de aprendizaje y estructura de oportunidades fue sugerida hace algunos años por Sutherland. En 1944 comenzó a circular un artículo sin publicar en el que sucintamente sugiere que *el comportamiento desviado es parcialmente una función de oportunidades para la comisión de determinados crímenes tales como desfalcos, robos bancarios o relaciones sexuales ilícitas* (Cohen; Lindesmith; Schuessler, 1956).⁷ No se ocupa de las diferenciaciones en el acceso a las oportunidades como un concepto a ser incorporado sistemáticamente a una teoría del comportamiento desviado.

En cambio, sostiene que “la oportunidad” es una explicación necesaria pero no suficiente de la comisión de actos criminales, *ya que no todas las personas que tienen la oportunidad de cometer un desfalco, de ingerir drogas, o de involucrarse en relaciones sexuales ilícitas lo hacen*. Asimismo, observa que la teoría de la asociación diferencial no constituye una explicación plena de la actividad criminal, pues a pesar de la asociación diferencial *es axiomático que las personas que cometen un crimen deben haber tenido la oportunidad de hacerlo*. Concluye afirmando que *mientras que la oportunidad puede ser parcialmente una función de la asociación con patrones criminales y de las técnicas específicas así adquiridas, no se encuentra enteramente determinada por ella y consecuentemente la asociación diferencial no es la causa determinante del comportamiento desviado* (énfasis agregado).

En las afirmaciones de Sutherland el término “oportunidad” tiene adjudicados dos significados posibles. Como fue sugerido anteriormente, es útil diferenciarlos con un propósito analítico. En el primer sentido, Sutherland parece referirse a la oportunidad como una parte de la estructura de aprendizaje. Los principales elementos de su teoría de la asociación diferencial son, por un lado, que *el comportamiento criminal se aprende y –más aún– que el comportamiento criminal se aprende en la interacción con otras personas en un proceso de comunicación*. También utiliza el término para describir las situaciones que conducen al desenvolvimiento de roles criminales. Así, para Sutherland, la comisión de un acto criminal dependerá de la existencia de dos condiciones: asociaciones diferenciales que favorezcan la adquisición de los valores y las habilidades criminales y condiciones que inciten la actividad criminal.

La distinción realizada realza la importancia de identificar y cuestionar la aceptación

común de que los medios ilegítimos se encuentran libremente disponibles. Podemos preguntarnos (1) si las diferenciaciones en el acceso a los ambientes de aprendizaje ilegítimos están estructuradas socialmente y (2) si existen diferenciaciones que limiten el cumplimiento de los roles ilegítimos. Si estas diferenciaciones existen y pueden ser

identificadas, podremos preguntarnos acerca de sus consecuencias en el comportamiento de las personas ubicadas en distintas partes de la estructura social. Sin embargo, antes de intentar responder esa pregunta, dirigiremos nuestra atención a una discusión más acabada de esta tradición teórica de Shaw, McKay y Sutherland.

Diferenciaciones en la disponibilidad de los medios ilegítimos: la tradición de la subcultura

La idea de la existencia de diferenciaciones en la disponibilidad de los medios ilegítimos se encuentra implícita en una de las corrientes más importantes de la teoría criminológica norteamericana. En esta tradición la atención se dirige a los procesos a través de los cuales los individuos son incorporados a los espacios de aprendizaje criminal y posteriormente inducidos al desarrollo de roles criminales. Se presenta aquí el problema de dar cuenta de la adquisición de roles criminales y de describir la organización social de las actividades criminales. Cuando vuelven a analizarse las proposiciones teóricas contenidas en esta tradición, aparece clara la concepción subyacente de las variaciones en el acceso exitoso a metas por medios ilegítimos. Más aún, este concepto implícito puede aparecer como una de las bases sobre las que la tradición fue construida.

En sus estudios sobre la ecología del comportamiento desviado en el ámbito urbano, Shaw y McKay observaron que el crimen y la delincuencia se encontraban confinados a áreas delimitadas y que, incluso, esos comportamientos persistían a pesar de los cambios demográficos que se producían en dichas áreas. Así comenzaron a referirse a la “tradición criminal” y a la “transmisión cultural” de

los valores criminales.⁸ Como resultado de sus observaciones de la vida en los barrios bajos concluyeron que *debe otorgarse especial importancia a la integración de ofensores de distintas edades*. Así:

“Robar en el vecindario era una práctica usual entre los niños y aprobada por sus padres. Cada vez que los niños se reunían hablaban sobre los robos y realizaban nuevos planes para continuar robando. No conocí casi a ningún niño que no robara. Los más pequeños se dedicaban a pequeños hurtos, asaltos a transportes de mercaderías y robo de baratijas. Los muchachos más grandes, realizaban trabajos más importantes como robos a mano armada, robos de vivienda y de autos. Los pequeños admiraban los grandes golpes y ansiaban el día en el que pudieran entrar en la organización delictiva. Los muchachos que habían ‘hecho carrera’ eran admirados y daban consejos a los más pequeños acerca de cómo llevar a cabo trabajos más grandes” (Shaw, 1930:54).

En otras palabras, el acceso a los roles criminales depende de asociaciones estables con otros individuos de los cuales se aprenden los valores y habilidades necesarios para el desarrollo de esos roles. Shaw y McKay estaban describiendo las estructuras del aprendizaje

⁸ Ver especialmente *Delinquency Areas*, Capítulo 16.

desviado, esto es, los caminos alternativos a través de los que los individuos buscan el acceso a las metas que la sociedad considera valiosas. También podrían haber señalado que en áreas en las que esas estructuras de aprendizaje no se encuentran disponibles, probablemente sería más difícil para muchos individuos asegurarse el acceso a carreras criminales estables, aunque hayan estado motivados para ello.⁹

Los conceptos de medios ilegítimos y de condiciones socialmente estructuradas de acceso a los mismos no se encuentran reconocidos expresamente en el trabajo de Shaw y McKay probablemente porque ellos visualizaban las áreas de los barrios bajos como “desorganizadas”. Aunque se referían a las actividades criminales como organizadas, a menudo describían a las áreas que presentaban una alta tasa de delincuencia como desorganizadas porque los valores que se transmitían eran criminales en lugar de convencionales. De allí que su trabajo incluya afirmaciones que ahora nos parecen internamente inconsistentes, como la transcrita a continuación:

“En esta situación la comunidad [de Sydney] no sólo estaba desorganizada y por ello era ineficaz como unidad de control, sino que se caracterizaba por una alta tasa de delincuencia juvenil y crimen adulto sin mencionar la corrupción política generalizada que existía hacia tiempo en esa área. Prevalcían variadas formas de robo y numerosas bandas criminales. Estos grupos ejercían una poderosa influencia y

tendían a crear un espíritu de comunidad que, no sólo toleraba, sino que fomentaba prácticas criminales” (Shaw, 1931:229).

Sutherland fue uno de los primeros en percibir que el concepto de desorganización social oscurecía la existencia de patrones estables de interacción entre los portadores de valores criminales. Como Shaw y McKay, estaba influenciado por la apreciación de que las áreas habitadas por las clases bajas estaban organizadas en términos tanto de valores convencionales como de valores criminales, pero también estaba convencido de que estos sistemas de valores alternativos estaban sostenidos por sistemas estandarizados de relaciones sociales. Reconocía expresamente que el crimen, lejos de ser una actividad azarosa y desorganizada, era típicamente un sistema de acuerdos humanos complejo y estable. Por ello rechazó el concepto de “desorganización social” y lo sustituyó por el de “organización social diferenciada”.

“El tercer concepto, desorganización social, fue tomado del trabajo de Shaw y McKay. Lo he utilizado pero no estoy satisfecho con el mismo porque la organización de los grupos delincuentes, que a menudo es muy compleja, sólo puede ser considerada como desorganización social desde un punto de vista ético o desde algún otro punto de vista particular. Como ha sugerido Albert K. Cohen, este concepto ha sido sustituido por el de organización social diferenciada, con la organización de las actividades criminales

9 Nos estamos refiriendo en esta parte, y a lo largo del artículo, a los roles criminales estables a los que los que los individuos orientan sus carreras como en los casos de mafiosos, ladrones profesionales, etc. El punto es que el acceso a esos roles estables depende en primer instancia de la disponibilidad de las estructuras de aprendizaje. Como dice Fran Tannenbaum: *Debe insistirse en que*

a menos que existan en el vecindario criminales de mayor edad, que provean un juicio moral a favor del delincuente, y a quienes los delincuentes puedan acudir para obtener recomendación, las carreras de los más jóvenes no podrían desarrollarse en absoluto (Tannenbaum, 1938:60).

por un lado y la organización contra las actividades criminales por el otro” (Cohen; Lindesmith; Schuessler, 1956).

Una vez librada la observación de la organización de los barrios bajos de la evaluación convencional, Sutherland podía enfocar con más claridad la forma en la que la estructura social constituía un “ámbito de aprendizaje” para la adquisición de valores y habilidades desviados. En el desarrollo de la teoría de la “asociación diferencial” y de la “organización social diferenciada”, estuvo muy cerca de afirmar explícitamente el concepto de diferenciaciones en el acceso a los medios ilegítimos. Pero Sutherland estaba interesado primordialmente en los procesos de aprendizaje, por lo que no indagó acerca de las variaciones en el acceso a los mismos en distintas partes de la estructura social, ni cuestionó las consecuencias de estas variaciones en el comportamiento de los individuos.¹⁰

William F. Whyte, en su clásico estudio sobre los barrios bajos, avanzó un paso más que Sutherland en la descripción empírica de la estructura y organización de los medios ilegítimos.

Como Sutherland, Whyte rechazó la visión de los barrios bajos como desorganizados:

“Es una costumbre para el sociólogo estudiar a los barrios bajos en términos de ‘desorganización social’ y negarse a ver que un área como Cornerville tiene una organización propia, compleja y bien establecida... Encuentro que en todo grupo existe una estructura jerárquica de relaciones sociales que enlaza a los individuos entre sí y que los grupos también se encuentran relacionados jerárquicamente entre sí. Cuando un grupo se encuentra formalmente organizado, como es el caso de un partido político, esto es evidente, pero no es menos cierto respecto de los grupos informales” (Whyte, 1955:viii).

La contribución de Whyte al estudio de la organización de los medios ilegítimos en los barrios bajos consiste primeramente en mostrar que los individuos que participan en empresas ilícitas estables no constituyen un segmento aislado de la comunidad. En cambio, estas personas están estrechamente integradas con los ocupantes de los roles convencionales. Al describir la relación entre los mafiosos y los políticos, por ejemplo,

¹⁰ Es interesante observar que el concepto de acceso diferencial a los medios legítimos no obtiene un reconocimiento explícito en el trabajo de Sutherland, ni en el trabajo de otros autores en la tradición de análisis de la “subcultura”. Esto avala la hipótesis en discusión, esto es, que las dos tradiciones se desarrollaron en forma independiente. Así, la novena proposición de la teoría de la asociación diferencial es enunciada como sigue: (9) Aunque el comportamiento criminal es una expresión de valores y necesidades generales, no puede explicarse por ellos, ya que el comportamiento convencional es una expresión de esos mismos valores y necesidades. Los ladrones generalmente roban para asegurar el dinero, del mismo modo en que los trabajadores honestos trabajan para hacerlo. Los intentos de numerosos investigadores de explicar el comportamiento criminal a través de instintos y valores, como el cálculo de la felicidad, la

búsqueda de estatus social, la búsqueda de dinero o la frustración, han sido y continúan siendo infructuosos porque explican el comportamiento criminal del mismo modo en que explican el comportamiento lícito. Es cierto que “la búsqueda de estatus”, el dinero y otros modos similares de metas socialmente aprobadas hacia las cuales orientar el comportamiento no dan cuenta del comportamiento desviado y del comportamiento conformista. Pero si el comportamiento orientado a metas tiene lugar bajo condiciones en las que se presentan obstáculos socialmente estructurados para alcanzarlos a través de medios legítimos, el resultado es una presión fuerte hacia la desviación. En otras palabras, Sutherland parece asumir que el acceso exitoso a metas a través de medio legítimos es uniforme antes que variable, independientemente de la ubicación del sujeto en la estructura social (Ver Sutherland, 1947:7-8).

observa que *las organizaciones políticas y mafiosas extendidas a lo largo de la sociedad de Cornerville, se entrelazan las unas con las otras, conformando gran parte de la vida del distrito. Proveen un marco general para el análisis de las acciones tanto de los “pequeños ladrones” como de los “peces gordos”* (Whyte, 1955:xviii). La visión de Whyte acerca de la vida en los barrios bajos difiere en cierta medida de aquella transmitida por el término “organización social diferenciada”. No enfatiza la idea de que el vecindario está conformado por dos sistemas de valores distintos, el convencional y el desviado, sino que se ocupa del modo en el que los ocupantes de estos distintos roles están integrados en una estructura única y estable que organiza y define la vida de la comunidad.

La descripción de la organización de los medios ilegítimos en los barrios bajos es desarrollada posteriormente por Salomon Kobrin en su artículo “Los conflictos de valores en las áreas de delincuencia” (1951:657-658). Kobrin sugiere que las áreas urbanas varían en el grado en el que los portadores de los valores convencionales y desviados se integran entre sí. Así indica el desarrollo de una *tipología de áreas de delincuencia basada en las variaciones entre estos dos sistemas*, representada por los dos “tipos extremos” de ese *continuum*. El primero parece representar las áreas integradas descritas en los párrafos anteriores. Afirma Kobrin que no se trata de una mera integración entre los portadores de ambos sistemas de valores, sino una participación activa y recíproca de cada uno en el sistema de valores del otro. Así:

“Los líderes de empresas [ilegales] frecuentemente continúan siendo miembros de las instituciones convencionales de sus comunidades locales tales como iglesias, sociedades de beneficencia, partidos políticos... En este marco la influencia de ambos

sistemas de valores es recíproca, porque los líderes de las empresas ilegales participan en la orientación básica de los elementos convencionales de la población, y esta última, a través de su participación en una estructura de poder local sostenida en gran parte por la actividad ilícita, participa necesariamente en el sistema de valores alternativos y criminales.”

Kobrin observa, por otro lado, que en algunos vecindarios urbanos existe una tendencia hacia el quebrantamiento de la relación entre los portadores de dichos valores. Estas áreas constituyen el segundo tipo extremo. Como consecuencia de fuerzas desorganizadoras tales como *cambios drásticos en las características de clase, étnicas o raciales de su población*, Kobrin sugiere que *los portadores de la cultura convencional y de su sistema de valores se encuentran sin la maquinaria institucional a la que están acostumbrados y por ello parcialmente inmovilizados en lo que respecta a la difusión de su sistema de valores*. Al mismo tiempo, el sistema de valores criminales “permanece implícito”, ya que este tipo de área “está caracterizado principalmente por la ausencia de una actividad adulta, sistemática y organizada en la violación de la ley, a pesar de que numerosos adultos en estas áreas cometan esas violaciones”. Al permanecer implícitos los dos sistemas, las posibilidades de integración entre ambos están descartadas.

La importancia de estas observaciones se presenta al indagar acerca de las variaciones que se producen en el acceso a los medios ilegales en relación con el grado relativo de integración alcanzado entre los valores convencionales y los valores criminales en las distintas áreas analizadas. En esta conexión Kobrin señala cómo —aparentemente— el área “integrada” se constituye como un campo de entrenamiento para la adquisición de valores y habilidades criminales.

“La posición estable de la empresa ilegal entre los adultos de la comunidad se refleja en el carácter de la conducta delictiva de los niños. Mientras en aquellas áreas que presentan una alta tasa de delitos la delincuencia es intrínsecamente desordenada en la medida en que no está relacionada con programas establecidos de educación para los jóvenes, en la comunidad ‘integrada’ los niños pueden reconocer en forma más o menos realista, las posibilidades de progreso individual dentro de la comunidad local a través del acceso a la delincuencia. En general, en estas áreas la actividad delictiva se constituye como un campo de entrenamiento para la adquisición de habilidades en el uso de la violencia, en el ocultamiento de los delitos realizados, en la evasión de la detección y el arresto y en la adquisición de la inmunidad frente al castigo. Aquellos que sobresalgan en estos aspectos, son frecuentemente observados y valorados por los líderes adultos de las empresas ilegales, que deben resolver, como los líderes de toda empresa productora de ganancias, los problemas de reclutamiento de ‘personal competente’.”

Respecto del “área desintegrada”, Kobrin no hace mención acerca del grado en el que se encuentran disponibles las estructuras de aprendizaje y de oportunidades para las carreras criminales. Sin embargo, al caracterizar estas áreas por la ausencia de articulación entre valores convencionales y criminales, sugiere que las estructuras de aprendizaje apropiadas—principalmente la integración de delinquentes de distintas edades— no se en-

cuentran disponibles. Más aún, su descripción de la actividad delictiva de los adultos como “desorganizada” sugiere que la estructura de oportunidades ilegales está severamente limitada. Incluso si los jóvenes pudieran obtener una adecuada preparación para el rol criminal, el problema aparecería cuando la estructura social de esos vecindarios proveyera pocas oportunidades para carreras criminales estables. El análisis de Kobrin—al igual que el de Whyte y el de otros antes que él— conduce a la conclusión de que las estructuras de oportunidades ilegales tienden a emerger en las áreas de las clases más bajas sólo cuando surgen patrones estables de acomodamiento e integración entre los portadores de valores convencionales y desviados. Cuando estos valores se mantienen desorganizados e implícitos, o cuando sus portadores se encuentran abiertamente en conflicto, las posibilidades de desempeñarse en roles criminales estables son más o menos limitadas.¹¹

Pueden citarse otros factores que afectan el acceso a los roles criminales. Por ejemplo, existe una importante cantidad de evidencia que revela que el acceso a los escalones más altos de las empresas ilegales “organizadas” se encuentra controlado, al menos en parte, por el origen étnico. Algunos grupos étnicos se encuentran en mayor proporción en los estratos más altos y otros en los más bajos. Desde una perspectiva histórica, como lo ha demostrado Bell, esta esfera ha estado dominada en forma

El excelente trabajo de Albert K. Cohen ha sido omitido de esta discusión porque ha sido tratado en un segundo artículo, “Types of Delinquent Subcultures”, elaborado juntamente con Lloyd E. Ohlin (1958). Puede observarse que aun cuando Cohen no afirma explícitamente la continuidad entre su trabajo y las tradiciones de Dukheim-Merton o Shaw-McKay-Sutherland, creemos que claramente pertenece a la primera. No parece acordar con la esencia de la tradición de Shaw-McKay-Su-

therland, a saber, la importancia crucial de las funciones desarrolladas por la integración tanto de ofensores de distintas edades, como de carreras adultas de valores convencionales y criminales. En cambio, se preocupa principalmente por el modo en el que las diferencias entre las aspiraciones de estatus y las posibilidades de alcanzarlas genera una presión hacia el comportamiento desviado. Esta última noción es una característica central en la tradición de la anomia.

sucesiva por irlandeses, judíos de Europa del este y recientemente por italianos (Bell, 1953:131-154). Numerosos grupos étnicos han sido virtualmente excluidos o, al menos, relegados a posiciones en los escalones inferiores. A pesar del hecho de que numerosas mafias (especialmente las vinculadas con el juego ilegal) han florecido en vecindarios predominantemente negros, sólo dos o tres negros han podido alcanzar la cima del crimen organizado. Al igual que en el mundo convencional, los negros están relegados al cumplimiento de tareas poco importantes. Además, el acceso a posiciones de elite en estas actividades está gobernado en parte por relaciones de parentesco y numerosos casos de relaciones de este tipo entre los individuos ubicados en las posiciones más privilegiadas demuestran que el nepotismo es la regla general.¹² También se ha observado que en ciertas ocasiones la relaciones de parentesco gobiernan el acceso a los roles criminales estables, como en el caso de los carteristas (Maurer, 1955). También existen, claro está, diferencias de género hondamente arraigadas. Aunque las mujeres suelen ser empleadas en actividades criminales –por ejemplo robos, estafas y extorsiones– y deben ser empleadas en otros –como la prostitución– continúan siendo excluidas de muchas de las actividades criminales.¹³

Entre los numerosos criterios que rigen el acceso a estos medios ilegítimos, las diferencias de clase se encuentran sin duda entre las

más importantes. Las diferenciaciones reseñadas en el párrafo anterior –de edad, de sexo, étnicas, de parentesco, etc.– se relacionan con la actividad criminal históricamente asociada con las clases sociales más bajas. La mayoría de los miembros de la clase media o alta –aun cuando estuvieran interesados en seguir una de estas carreras criminales– seguramente tendría serias dificultades en llevarlas a cabo, fundamentalmente por la falta de preparación necesaria para ellas. Las actitudes y destrezas que operan como prerrequisitos para estas actividades son adquiridas más fácilmente si el individuo proviene de las clases más bajas; la mayoría de las personas de clase media o alta debería desprenderse en primer lugar –no sin dificultad– de su propia cultura de clase en orden a aprehender una nueva. En el mismo sentido, el acceso a muchos roles criminales de “cuello blanco” está cerrado para miembros de las clases más bajas. Algunas ocupaciones ofrecen abundantes oportunidades para involucrarse en la actividad ilegítima; otras no ofrecen virtualmente ninguna. El hombre de negocios, por ejemplo, no sólo cuenta con esta disponibilidad, sino que, como han demostrado algunos estudios, se encuentra presionado permanentemente hacia el empleo de medios ilegítimos con el fin de mantener una posición de ventaja competitiva en el mercado. Pero para aquellos dedicados a otras ocupaciones, las modalidades delictivas de cuello blanco simplemente no son una alternativa posible.¹⁴

¹² Para una discusión acerca de las relaciones de parentesco entre los jefes de la mafia ver Stanley Frank “The Rap Gangsters Fear Most”, 1958. Este artículo está basado en una revisión de los expedientes del Servicio de Inmigración y Naturalización de los Estados Unidos.

¹³ Para una discusión acerca de diferencias étnicas, de sexo o raza, gobernando el acceso a un rol criminal estable, ver ídem, Capítulo 6.

¹⁴ El entrenamiento en las habilidades propias de ocu-

paciones convencionales especializadas es a menudo un prerrequisito para la comisión de crímenes de cuello blanco, ya que el individuo debe contar con las mismas para poder alcanzar una posición que merezca “confianza”. Como dice Cressey: *Puede observarse que las personas entrenadas para llevar a cabo tareas cotidianas propias de un puesto que requiera confianza han sido entrenadas al mismo tiempo en todas las habilidades que requiere la violación de esa confianza, y que las*

Algunas consideraciones para un enfoque integrado del comportamiento desviado

Es posible ahora fusionar las teorías sociológicas descritas precedentemente. Nuestro análisis deja en claro que estas tradiciones se orientan hacia distintos aspectos de un mismo problema: las diferenciaciones en el acceso a las oportunidades. Una de las tradiciones se enfoca en las oportunidades legítimas, la otra en las oportunidades ilegítimas. Al incorporar el concepto de acceso diferencial a medios *ilegítimos*, la teoría de la anomia puede exten-

derse hasta incluir estudios y teorías sobre el comportamiento desviado en la criminología norteamericana aparentemente disímiles. En este apartado final trataremos de mostrar cómo un acercamiento a esta temática que fusione ambas tradiciones podría mejorar la comprensión de las tasas y tipos de comportamiento desviado. La discusión se centra en las condiciones de acceso a ambos sistemas de medios: legítimos e ilegítimos.

La distribución del comportamiento desviado

Un problema al que se han enfrentado los criminólogos es la ausencia de datos concretos sobre las diferenciaciones sociales en la actividad criminal. Muchos autores han sostenido que las tasas delictivas más altas se encuentran en los estratos sociales más bajos. Otros han sugerido que en las clases media y alta dichas tasas pueden ser mucho más altas de lo que comúnmente se piensa. La pregunta acerca de la distribución social del crimen sigue siendo problemática.

En ausencia de datos empíricos adecuados, los investigadores han intentado resolver este problema con una evaluación de la medida de las presiones hacia la desviación en las distintas partes de la estructura social. Por ejemplo, Merton afirma que *su propósito principal es descubrir cómo algunas estructuras sociales ejercen una fuerte presión sobre ciertas personas dentro de la sociedad,*

hacia conductas disconformistas antes que conformistas (Merton, 1957:132). Habiendo identificado ciertas características que pueden considerarse como generadoras de desviación, Merton sugiere que existe una correlación entre las “presiones hacia la desviación” y la “tasa de desviación”.

“A pesar de las tasas diferenciales de comportamiento desviado en los distintos estratos sociales –las estadísticas oficiales que uniformemente muestran tasas más altas en los estratos sociales más bajos, pero distan de ser completas y confiables– surge de nuestro análisis que las presiones más fuertes hacia la desviación son ejercidas sobre los estratos más bajos... La cultura formula demandas incompatibles para aquellos ubicados en los lugares más bajos de la estructura social. Por un lado, se les pide que orienten su comportamiento hacia una perspectiva de alcanzar el bienestar y, por otro, se les niega

habilidades técnicas necesarias para ello no son otras que las habilidades técnicas necesarias para alcanzar ese puesto (1953:81-82). Es decir que las habilidades

requeridas para ciertos crímenes no necesariamente deben aprenderse en asociación con criminales; pueden ser adquiridas a través del aprendizaje convencional.

en forma permanente las posibilidades de hacerlo institucionalmente. La consecuencia de esta inconsistencia cultural es una alta tasa de comportamiento desviado” (Merton, 1957:144-145).

Debido a la escasez y poca confiabilidad de las estadísticas criminales existentes, aún no es posible saber si la hipótesis de Merton es correcta o no. Hasta que se desarrollen estudios comparativos sobre las tasas criminales, la correlación hipotetizada no puede ser verificada.

Sin embargo, desde una perspectiva teórica pueden surgir algunas preguntas al respecto. La primera de ellas sería si debemos esperar que la correlación se equilibre o que varíe en función de la distribución del acceso a los medios ilegítimos. Existen tres posibilidades: 1) que el acceso se distribuya en forma uniforme a través de la estructura social; 2) que el acceso varíe en forma inversa a la posición de clase; y 3) que el acceso varíe en forma directa a la posición de clase. La especificación de estas posibilidades nos permitirá afirmar más precisamente bajo qué condiciones debe esperarse que las tasas criminales aumenten.

Si el acceso a los medios ilegítimos está distribuido *uniformemente* a través de la estructura social, la correlación propuesta probablemente presente una tasa de comportamiento innovador más alta en las clases más bajas que en el resto. Las personas de las clases más bajas parecen experimentar presiones más fuertes hacia la conducta desviada y se encuentran menos constreñidas por prohibiciones internas respecto del empleo de medios ilegítimos. Si asumimos que el acceso

a estos medios es uniforme, sería razonable afirmar que en los estratos sociales más bajos se presentarán altas tasas de comportamiento innovador.

Si el acceso a los medios ilegítimos varía *inversamente* a la posición de clase, la correlación no sólo se mantendría sino que se presentaría con mayor fuerza. Sumando a las presiones hacia la conducta desviada, el hecho de que la socialización no desalienta en forma absoluta el uso de medios ilegítimos coincidiría con la disponibilidad de esos medios.

Finalmente, si el acceso varía *directamente* con la posición de clase, las tasas comparativas de actividad ilegítima serían sumamente difíciles de pronosticar. Cuanto más alta sea la posición social, menor será la presión a emplear medios ilegítimos; asimismo, las prohibiciones internas con respecto a este uso serían aparentemente más fuertes y efectivas en las posiciones sociales más elevadas. Si, al mismo tiempo, las posibilidades del empleo de medios ilegítimos son abundantes, ambos factores se encontrarán en oposición. Hasta que los efectos de estas variables puedan ser medidos en forma precisa, las tasas de desviación no pueden ser pronosticadas.

El concepto de disponibilidad diferencial de los medios ilegítimos puede ser útil para clarificar las variaciones en las tasas criminales entre distintos grupos sociales basados en distinciones étnicas, de edad y de sexo, entre otros. Asimismo puede ser utilizado sistemáticamente en el esfuerzo de profundizar nuestro conocimiento acerca de la distribución del comportamiento desviado en la estructura social.

Modos de adaptación: el caso del retraimiento

Teniendo en cuenta las condiciones de acceso a los medios legítimos e ilegítimos, podemos especificar un poco más las condiciones bajo las que emergen los distintos modos de comportamiento desviado. Esto puede ilustrarse con el caso del *retraimiento*.¹⁵

Como fueron definidas por Merton, las adaptaciones retraídas involucran categorías de comportamiento tales como el alcoholismo, las adicciones a las drogas y los aislamientos psicóticos. Estas adaptaciones suponen un “escape” de las frustraciones producidas por el incumplimiento de las aspiraciones planteadas con la consecuente retirada de las relaciones sociales convencionales. Los procedimientos que llevan al retraimiento son explicados por Merton de la siguiente forma: *El retraimiento surge como producto de los constantes fracasos al intentar acercarse a la meta establecida por medios legítimos y de la incapacidad para utilizar los medios ilegítimos, debido a las prohibiciones internalizadas*, este proceso ocurre cuando el valor supremo de la meta principal aún no ha sido renunciado. *El conflicto es resuelto abandonando ambos medios precipitantes: las metas y los medios. El escape es completo, el conflicto es eliminado y el individuo asocializado* (Merton, 1957:153-154).

En esta perspectiva, un elemento crucial que alienta el retraimiento es la internalización de restricciones con respecto al uso de medios ilegítimos. Pero este elemento no debe presentarse necesariamente. Merton parece asumir que estas prohibiciones son

esenciales porque, en su ausencia, la lógica de su esquema debería llevarlo a la conclusión de que tendría lugar el comportamiento innovador. Sin embargo, asumir que el individuo que se encuentra desinhibido para el uso de medios ilegítimos se convertirá en un sujeto innovador presupone que para que la reacción innovadora sea exitosa sólo hace falta motivación. Una vez que el concepto de accesos diferenciales a los medios ilegítimos es introducido, sin embargo, se vuelve claro que el retraimiento es posible, aun en ausencia de estas prohibiciones internalizadas. Podríamos preguntarnos cómo responden los individuos cuando fracasan tanto en el uso de medios legítimos como de medios ilegítimos. Si los medios ilegítimos no se encuentran disponibles, si los esfuerzos por innovar fallan, las adaptaciones retraídas serían una alternativa y los mecanismos de “escape” elegidos por el individuo derrotado, serían aún más desviados debido a este “doble fracaso”.

Esto no significa que las adaptaciones retraídas no puedan emerger precisamente como Merton sugiere: es decir, que la conversión de la conformidad en retraimiento se produzca en un solo paso, sin necesidad de adaptaciones intermedias. Pero éste es sólo uno de los caminos hacia el retraimiento. Esta conversión puede suponer —en algunos casos— adaptaciones y estados intermedios, particularmente de tipo innovador. Esta posibilidad se muestra útil para explicar algunos casos en los que individuos definidos como retraídos —por

¹⁵ El comportamiento retraído es sólo uno de los numerosos tipos de adaptaciones desviadas que pueden analizarse en los términos de este enfoque teórico integrado. En artículos posteriores, elaborados juntamente

con Lloyd E. Ohlin serán examinados otros casos de comportamiento desviado como, por ejemplo, disturbios colectivos en prisiones y adaptaciones subculturales entre jóvenes delincuentes. Ver nota 10.

ejemplo, los vagabundos— a menudo presentan extensas historias de arrestos y sanciones por hechos ilegales. También ayuda a explicar las adaptaciones retraídas entre individuos que no necesariamente han internalizado restricciones fuertes en cuanto al uso de medios ilegítimos. En suma, las adaptaciones retraídas pueden surgir con una asiduidad considerable entre aquellos que fracasan en ambos mundos, el convencional y el desviado.¹⁶

Futuros estudios sobre el retraimiento podrían examinar el intervalo entre la conformidad y el retraimiento. ¿En qué medida el individuo abriga la posibilidad de recurrir a los medios ilegítimos y en qué medida busca movilizar esos medios efectivamente? Si el individuo se vuelve hacia dispositivos innovadores, la cuestión acerca de si se volverá o no un retraído puede depender de la accesibilidad relativa a los medios ilegítimos. Incluso cuando el conformista frustrado busca una solución a su descontento adoptando esos métodos, se presentará el problema de si cuenta con las habilidades apropiadas y con las oportunidades requeridas para su uso. Sugerimos entonces que debe reunirse información acerca de las respuestas preliminares del individuo al descontento con su situación y de sus percepciones respecto de la eficacia del uso de medios ilegítimos, el contenido de sus destrezas y la situación objetiva de las oportunidades ilegítimas a su alcance.

La especificación de los procesos que conducen al retraimiento podría ser útil para resolver las dificultades que se presentan al

intentar establecer las tasas de retraimiento en las distintas partes de la estructura social. Aunque Merton no indica explícitamente dónde es probable que esta adaptación emerja, especifica algunas condiciones sociales que promueven altas tasas de comportamiento retraído. Así, éste caracterizará el comportamiento de personas con movilidad social descendente, que experimentan un repentino quiebre de las relaciones sociales establecidas, y en aquellos individuos como los jubilados, que han perdido importantes roles sociales (Merton 1957:188-189).

Las dificultades que desde hace tiempo se presentan al pronosticar las tasas diferenciales de retraimiento pueden ser atribuidas a la asunción de que los retraídos han internalizado fuertemente los valores que prohíben el uso de medios ilegítimos. Estas prohibiciones son características de la socialización en las clases medias y altas, lo que permitiría predecir que el retraimiento se produce principalmente en esas clases y que la vagancia, la “cultura de las drogas” y la masa de alcohólicos están poblados por individuos de los estratos más altos de la sociedad. Sin embargo, según surge de varios informes sobre el vagabundaje y los suburbios, muchas de estas personas son producto de la vida en los barrios bajos y, más aún, que su comportamiento no es controlado necesariamente por valores que excluirían el recurso a los medios ilegítimos. Una vez reconocido que el retraimiento puede emerger como respuesta a las limitaciones de ambos sistemas de medios, las dificultades de

¹⁶ Los procesos de “doble fracaso” especificados aquí, pueden ser de utilidad para analizar nuevamente la correlación entre el alcoholismo y los delitos menores. Investigaciones en las carreras de criminales de este tipo que eran asimismo alcohólicos, revelan que, después

de haber estado activamente orientados hacia carreras criminales estables, han quedado fuera del terreno competitivo. Ver, por ejemplo, Deutscher, 1954:592-595; Ullman, 1957:44-53.

ubicar estas adaptaciones disminuyen y hasta se resuelven. Así, el retraining puede variar de acuerdo con el proceso particular que lo genera. El proceso que describe Merton es característico de las posiciones más altas de

la estructura social, donde la socialización orientada hacia las normas es típica, mientras que en los estratos más bajos el retraining se produce a menudo como una consecuencia de intentos frustrados de innovación.

Bibliografía

- Bacon, Seldon, D. (1957):** "Social Settings Conducive to Alcoholism – A Sociological Approach to a Medical Problem", *Journal of the American Medical Association*, 16, May.
- Bales, Robert, F. (1946):** "Cultural Differences in Rates of Alcoholism", *Quarterly Journal of Studies in Alcohol*, 16, March.
- Bell, Daniel (1953):** "Crime as an American Way of Life", *The Antioch Review*, summer.
- Cloward, Richard; Ohlin, Lloyd E. (1958):** "Types of Delinquent Subcultures", (mimeographed, december), New York School of Social Works, Columbia University.
- Cloward, Richard:** *Social Control and Anomie, A Study of a Prison Community* (a publicar por Free Press).
- Cohen, Albert; Lindesmith, Alfred and Schuessler, Karl (ed.) (1956):** *The Sutherland Papers*, Bloomington, Indiana University Press.
- Cressey, Donald, R. (1953):** *Other People's Money*, Glencoe, III, Free Press.
- Deutscher, Irwin (1954):** "The Petty Offender: A Sociological Alien", *The Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, 44, January-February.
- Durkheim, Émile (1951):** *Suicide*, trad. J. A. Spalding y George Simpson Glencoe; III, Free Press.
- Frank, Stanley (1958):** "The Rap Gangsters Fear Most", *The Saturday Evening Post*, August 9.
- Glazer, Nathan (1952):** "Why Jews Stay Sober", *Commentary*, 13, February.
- Maurer, David, W. (1955):** "Whin Mob: A Correlation of the Technical Argot of Pickpockets with Their Behavior Pattern", Publication of The American Dialect Society, N° 24.
- Merton, Robert K. (1957):** *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, III, Free Press.
- Skolnick, Jerome, H. (1954):** "A Study of the Relation of Ethnic Background to Arrests for Inebriety", *Quarterly Journal of Studies in Alcohol*, 15, December.
- Shaw, Clifford R. (1930):** *The Jack-Roller*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (1931): *The Natural History of a Delinquent Career*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Shaw, Clifford R. et al. (1940):** *Delinquency Areas*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Shaw, Clifford R. y McKay, Henry D. (1942):** *Juvenile Delinquency and Urban Areas*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Sutherland, Edwin H. (ed.) (1937):** *The Professional Thief*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (1947): *Principles of Criminology*, 4th. Edition, Philadelphia, Lippincott.
- (1949): *The White Collar Crime*, New York, Dryden.
- Tannenbaum, Frank (1938):** *Crime and The Community*, New York. Ginn.
- Thorner, Isidor, T. (1953):** *Ascetic Protestantism and Alcoholism, Psychiatry*, 16, May.
- Ullman, Albert D. et al. (1957):** "Some Social Characteristics of Misdemeanants", *The Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, 48, May-June.
- Whyte, William, F. (1955):** *Street Corner Society*, (original edition 1943), Chicago, The University of Chicago Press.